

Inglaterra en 1845 y 1885

Federico Engels

1 de marzo de 1885

(Tomado de R. Dangeville (edit.), Marx y Engels, *El sindicalismo*, Tomo 1, Editorial Laia – Ediciones de Bolsillo, Barcelona, 1976, páginas 263-274; también para las notas. Artículo publicado el 1 de marzo de 1885 en *Commenweal* y en junio en el fascículo 6 de *Die Neue Zeit*; reproducido íntegro por Engels en el prólogo a la edición alemana de 1892 de *La situación de la clase obrera en Inglaterra*.)

Hace cuarenta años Inglaterra se enfrentaba a una crisis que sólo la violencia parecía llamada a resolver. El desarrollo rápido y gigantesco de la industria había rebasado la capacidad de absorción de los mercados extranjeros, es decir, la demanda. Cada diez años, el curso de la producción quedaba brutalmente interrumpido por la llegada de una crisis comercial generalizada a la que después de un largo período de depresión crónica, seguían unos pocos de prosperidad que se acababan siempre por una superproducción febril y por un nuevo hundimiento.

La clase capitalista reclamaba ruidosamente el librecambio de los cereales y amenazaba con conseguirlo por la fuerza devolviendo la población hambrienta de las ciudades al campo de donde había salido. Sin embargo, como dice John Brig: no fue

“mendigando su pan, sino tomando posiciones en territorio enemigo, como un ejército”.

En efecto, las masas obreras de las ciudades reclamaban su parte de poder político, con la *Carta del pueblo*, y estaban apoyadas por la mayoría de los pequeñoburgueses, aunque lo que les separaba era saber si la Carta tenía que instaurarse por la violencia o por medios legales... Fue entonces cuando sobrevino la crisis económica de 1847 y el hambre irlandesa y, con ellas, la perspectiva de la revolución.

La revolución francesa de 1848 salvó a la burguesía inglesa. Las proclamaciones socialistas de los obreros franceses victoriosos atemorizaron a los pequeñoburgueses de Inglaterra y desorganizaron las filas de los obreros ingleses, cuyas reivindicaciones tenían un carácter ciertamente más limitado, pero más directamente práctico. En el instante mismo en que el cartismo había de desplegar toda su fuerza se hundió por sí solo antes de que lo aplastaran las fuerzas exteriores el 10 de abril de 1848¹. La actividad política de la clase obrera quedó relegada a un segundo plano y la clase capitalista triunfó en toda la línea.

La reforma parlamentaria de 1831 había representado la victoria del conjunto de la clase capitalista frente a la aristocracia que poseía la tierra. La abolición de las tasas cerealeras representó la victoria de los capitalistas *industriales*, sobre la gran propiedad territorial y las fracciones capitalistas cuyos intereses se identificaban o se ligaban más o menos a los de los propietarios territoriales: banqueros, bolsistas, rentistas, etc.

Dar paso al librecambio equivalía a trastornar toda la política interior y exterior de Inglaterra en el plano financiero y comercial, de conformidad con los intereses de los capitalistas industriales, de la clase que a partir de entonces iba a representar a la nación. Y esta clase puso manos a la obra, con la mayor seriedad.

¹ Los cartistas decidieron celebrar el 10 de abril de 1848 un mitin monstruo en la explanada de Kennington y acudir al parlamento a fin de depositar la tercera petición para la adopción de la *Carta del pueblo*. El gobierno reunió una masa de policía especial, reclutada para tal ocasión y armada de garrotes, que llegó hasta los 100.000 hombres, al mando de Wellington, el duque de hierro. A la cita sólo acudieron entre treinta y cuarenta mil manifestantes. En estas condiciones, los propios cartistas contuvieron la manifestación. La clase obrera inglesa se mantuvo a partir de entonces al margen del gran movimiento revolucionario de 1848-1849.

Echó a un lado de manera despiadada todos los obstáculos a la producción industrial. Se refundieron totalmente las tasas aduaneras y el sistema fiscal. Todo se subordinó a un fin único, fundamental para los capitalistas industriales: abaratar las materias primas y en particular los medios de vida de la clase obrera manteniendo los salarios a bajo nivel, es decir, bajándolos. Inglaterra tenía que convertirse en la “fábrica del mundo” o, dicho de otra forma, todos los países tenían que convertirse para Inglaterra en lo que ya era Irlanda: en mercados para los productos de sus manufacturas, en fuentes de aprovisionamiento de materias primas y de artículos de consumo para su industria. ¡Qué grandiosa perspectiva, Inglaterra, el gran centro industrial de un mundo agrícola, con una cifra de satélites productores de trigo y de algodón cada vez mayor que gravitasen en torno al sol industrial!

Los capitalistas de la industria se aplicaron a realizar este vasto programa con el recio sentido común y el desprecio por los principios tradicionales que siempre les han distinguido de sus competidores filisteos del continente. El cartismo fenecía. La vuelta, normal y casi automática, a la prosperidad económica desde el momento en que había concluido el crac de 1847, se apuntó casi exclusivamente en el haber del librecomercio.

La consecuencia de estos dos acontecimientos fue que la clase obrera inglesa se transformó políticamente en la cola del “gran partido liberal”, dirigida por los industriales. Una vez adquirida esta ventaja por la burguesía, se trataba de mantenerla para siempre. No obstante, los cartistas se opusieron menos al librecomercio que a la voluntad de la burguesía de transformar el librecomercio en la sola cuestión vital para la nación. Esto había bastado para hacer comprender a los industriales (y cada día lo comprendían mejor) que la burguesía es incapaz de dominar, política y socialmente, a la nación sin el apoyo de la clase obrera.

De esta forma vino a modificarse progresivamente la actitud mutua de las dos clases. La legislación fabril, espantajo hasta entonces para todos los industriales, se respetó desde entonces de buena gana, y se extendió, por así decirlo, al conjunto de la industria. A los sindicatos, deshonrados hasta hacía poco, como si de obra del diablo se tratase, los cortejaron y los protegieron los industriales en calidad de instituciones muy legítimas y de medios útiles para promover entre los obreros ideas económicas sanas. Hasta las huelgas abocadas a la execración antes de 1848, fueron consideradas a partir de entonces, si el caso llegaba, como algo totalmente útil, en particular cuando los señores industriales las suscitaban si les resultaban favorables. Se abolieron las leyes (por lo menos las más escandalosas) que habían arrebatado a los obreros la igualdad de los derechos frente a los patronos.

De este modo, la *Carta del pueblo*, hasta entonces tan temida, se convirtió, en lo esencial, en el programa político de estos mismos industriales que se habían opuesto a ella hasta hacía apenas unos instantes. Se instauró por ley la *abolición del censo electoral* y *el voto secreto*. Las reformas parlamentarias de 1867 y 1884 se acercan mucho al *sufragio universal*, por lo menos tal como existe en la actualidad en Alemania. El proyecto sobre el *establecimiento de las circunscripciones electorales* (actualmente sometido a discusión en el parlamento) establece la igualdad en este dominio, o por lo menos en su conjunto, una desigualdad que no sea mucho mayor que la que existe en Francia y en Alemania. Se considera que en un futuro próximo se obtendrán *emolumentos* para los parlamentarios y una *reducción de su mandato*, en defecto de elecciones anuales al parlamento. Con todo, algunos aseguran que el cartismo ha muerto.

La revolución de 1848, como muchas de las que le han precedido ha corrido una extraña suerte. Los mismos que la han aplastado se han convertido (como Marx acostumbraba a decir) en sus ejecutores testamentarios. Así, Luis Napoleón se vio obligado a crear una Italia unificada e independiente, y Bismarck, a su manera, desde

luego, a hacer una revolución en Alemania y conceder a Hungría una cierta independencia. En cuanto a los industriales ingleses, hubieron de proceder nada menos que a dar fuerza de ley a la *Carta del pueblo*.

Al principio, los efectos de esta dominación de los capitalistas en Inglaterra fueron de estupefacción. La industria dio un nuevo paso y se extendió hasta un grado impensable hasta para esta cuna de la industria moderna. Los importantes resultados registrados hasta ahora gracias a la aplicación del vapor y la maquinaria se desvanecieron frente al desarrollo inmenso de la producción acaecido durante los veinte años que distan de 1850 a 1870. El total de las importaciones y exportaciones, el amontonamiento de las riquezas en manos de los capitalistas y la concentración de la fuerza de trabajo humano en las grandes urbes se elevaron a cimas vertiginosas. Ciertamente que el avance se vio interrumpido como antes con la recurrencia de una crisis cada diez años, en 1857 y en 1866. Pero a partir de entonces estos descalabros se consideran ya fenómenos normales e inevitables por los que hay que pasar y que acaban por ser reabsorbidos.

¿Cuál fue la situación de la clase obrera durante este período? Por momentos hubo alguna mejora que alcanzó incluso a la gran masa. Pero ésta acabó siempre por volver a la vieja situación en razón del aflujo de la gran masa de trabajadores sin empleo, del desalojo constante de los obreros por obra de la nueva maquinaria y del éxodo hacia las ciudades de los obreros agrícolas, reemplazados ellos también en número creciente por la maquinaria.

Sólo se aprecia una mejora duradera respecto a dos categorías protegidas de la clase obrera. La primera es la de los obreros de las fábricas. La fijación legal a su favor de una jornada de trabajo normal (ya que no relativamente racional) les ha permitido recuperar en parte su salud física y les ha conferido una superioridad moral aún más fortalecida por su concentración en las ciudades. Su situación es mejor, indudablemente, que la de antes de 1848. La prueba está en que de diez huelgas, nueve las provocan los propios industriales que lo hacen en su propio interés, como único medio de limitar su producción. En efecto, nunca llevaréis a los fabricantes a que se entiendan para acortar la jornada de trabajo, cualesquiera que sean las dificultades que tengan para vender sus productos; pero inducid a los obreros a que vayan a la huelga y los capitalistas cerrarán hasta el último sus fábricas.

La segunda de estas categorías es la de los obreros organizados en los grandes sindicatos. Se trata de organizaciones de las ramas de producción en donde el único trabajo que se emplea es el de *hombres adultos*, o al menos el predominante. Ni la competencia del trabajo de las mujeres y de los niños ni la de las máquinas han estado hasta el momento en condiciones de quebrar su fuerza organizada. Los mecánicos, los carpinteros de obra y los obreros de la construcción constituyen, cada uno de por sí, una potencia tal que han logrado oponerse con éxito a la incorporación de máquinas, tal como lo demuestran los obreros de la construcción. Su condición ha mejorado indudablemente desde 1848. La mejor prueba de ello es que, desde hace más de quince años, no sólo sus patronos están contentos de ellos, sino que ellos mismos están muy contentos con sus patronos y forman una aristocracia dentro de la clase obrera. Al haber logrado conquistar una condición relativamente cómoda, aceptan esta situación como definitiva. Son los obreros modelo de los señores Leone Levi y Giffen (así como nuestro buen filisteo de Lujo Brentano), y efectivamente, son gentes muy amables y nada intransigentes en particular para un capitalista inteligente y para la clase capitalista en general.

Pero por lo que concierne a la gran masa de los obreros, su grado de miseria y de inseguridad es también grande si no mayor que nunca. El barrio Este de Londres es cada vez más una ciénaga inmensa, en donde se pudren en la miseria, la desesperación y el hambre los que no trabajan, y en el envilecimiento moral y físico quienes lo hacen. Y con

la sola excepción de la minoría privilegiada de obreros ocurre otro tanto en las restantes grandes ciudades, incluso en las ciudades de menor importancia y en el campo. La ley según la cual el valor de la fuerza de trabajo corresponde al precio de los medios necesarios para la subsistencia, y aquella otra complementaria, según la cual el precio medio de la fuerza de trabajo desciende por regla general hasta el mínimo de estos medios de subsistencia, son dos leyes que actúan sobre las masas obreras con la fuerza irresistible de una máquina automática que les aplasta entre sus engranajes.

Tal fue, pues, la situación creada por la política de libre comercio de 1847 y por veinte años de dominación de los capitalistas industriales. Empero, las cosas empezaron a cambiar. Efectivamente, a la crisis de 1866 siguió en 1873 un débil avance industrial que no duró. Es verdad que el momento en que se la esperaba (1878 o 1876) la crisis no fue total, pero desde 1876 todas las ramas fundamentales de la industria experimentaron un estado de depresión crónica. No se ve llegar ni el hundimiento total ni la fase de prosperidad de los negocios, tanto tiempo deseada; en la que se creía tener derecho a pensar antes y después del crack. Una depresión mortal y una saturación crónica de todos los mercados para todas las industrias; tal es la situación que padecemos desde hace casi diez años. ¿A qué se debe esto? La teoría del libre comercio se basaba en la hipótesis según la cual Inglaterra tenía que transformarse en el único gran centro industrial de un mundo agrícola por los cuatro costados. La evolución ha desmentido enteramente esta hipótesis. Las condiciones de la industria moderna (energía-vapor y maquinismo) pueden crearse en todas partes en donde exista combustible, carbón en particular. Ahora bien, además de Inglaterra, cuentan con carbón los países siguientes: Francia, Bélgica, Alemania e incluso Rusia. Y los pueblos de estos países no estaban convencidos de que sus intereses residieran en convertirse en colonos famélicos al estilo de Irlanda, sólo para la mayor gloria y riqueza de los capitalistas ingleses. Se pusieron a producir artículos industriales, no sólo para su uso, sino también para el resto del mundo, y el resultado fue que el monopolio industrial, detentado por Inglaterra durante cerca de un siglo, se halla en la actualidad irremediablemente hundido.

La realidad es que el monopolio industrial de Inglaterra constituye el pilar del sistema social inglés. Incluso durante el período en que subsistía este monopolio, los mercados no podían seguir el mismo ritmo de crecimiento que la productividad de la industria inglesa, y la consecuencia eran las crisis decenales. En nuestros días los nuevos mercados escasean tanto que hay que imponer a los negros del Congo la civilización de los algodones de Manchester, de las alfarerías de Staffordshire y de los productos siderúrgicos de Birmingham.

¿Qué sucederá si las mercancías del continente, y de América, sobre todo, afluyen en masas cada vez mayores, si la parte del león en el abastecimiento del mundo que todavía hoy corresponde a las fábricas inglesas se reduce año tras año? ¡Responde, oh Panacea del libre comercio!

No soy el primero en plantear esta eventualidad. Desde 1883, con motivo de una reunión de Southport de la British Association, el señor Inglis Palgrave, presidente de la comisión económica, afirmó sin ambages que habían pasado para Inglaterra los tiempos de los elevados beneficios, y que había sobrevenido un paro en el desarrollo de las diversas ramas de la gran industria. Casi se podría afirmar, decía, que Inglaterra está llegando a una situación en la que ya no habrá más progreso.

Pero ¿cómo acabará todo esto? La producción capitalista no puede quedar quieta: debe crecer y desarrollarse, porque si no, significa la muerte. Desde ahora, la simple reducción de la porción del león embolsada por Inglaterra en el aprovisionamiento del mercado mundial acarrea un estancamiento de los negocios, la miseria y la superabundancia de capitales por un lado; por el otro, un excedente de trabajadores sin

empleo. ¿Qué sucederá cuando la producción anual haya cesado de crecer por completo? Hemos tocado aquí el punto vulnerable, el talón de ²Aquiles de la producción capitalista. Su condición vital es la de la fatal necesidad de una expansión continua, pero ésta resulta ahora imposible. La producción capitalista se encaminó, pues, a un punto muerto. Cada año se acerca más Inglaterra a esta alternativa; o la nación, o la forma capitalista han de perecer. ¿Cuál de las dos ocurrirá?

¿Y la clase obrera? Se sabe que conoció también períodos de miseria durante el inconcebible desarrollo del comercio y de la industria de 1848 a 1868, incluso entonces su gran masa se benefició a lo sumo de una mejora pasajera de su condición, y sólo una pequeña minoría privilegiada y protegida disfrutó de ventajas duraderas. Pues bien, ¿qué sucederá si la coyuntura brillante llega definitivamente a su fin, si el presente estancamiento o depresión, no sólo se agrava, sino que este estado agravado de depresión mortal se convierte en el estado duradero, normal, de la industria inglesa?

La verdad es esta: mientras ha durado el monopolio industrial de Inglaterra, la clase obrera inglesa ha participado hasta cierto punto en los beneficios de este monopolio. Es verdad que estos beneficios se repartían muy desigualmente en su seno, y así la minoría privilegiada se embolsó la mayor parte, si bien incluso la gran masa tuvo por lo menos su parte en todos sitios. Esto es lo que explica que no haya habido más socialismo en Inglaterra desde la muerte del owenismo.³

Con la desaparición de la supremacía industrial, la clase obrera de Inglaterra perdió su condición privilegiada. En su conjunto, e incluida por tanto su minoría privilegiada y dirigente, se verá alineada con los obreros del extranjero. Aquí tenemos el por qué renacerá el socialismo en Inglaterra.

Edicions Internacionals Sedov
Serie Marx y Engels, algunos materiales

Edicions internacionals Sedov



germinal_1917@yahoo.es

²Es exacto que la producción capitalista tiende efectivamente a venirse abajo cuando ha alcanzado la cúspide de la prosperidad, pero, si el proletariado no interviene activamente, el capital se regenera: “La destrucción periódica de capital se ha convertido en condición necesaria de la existencia de toda tasa de ganancia media. Si se las considera bajo este ángulo, estas experiencias espantosas que vemos habitualmente con tanta aprensión e inquietud y que ardemos en deseos de apartar de nosotros, puede que no sean otra cosa que el correctivo natural y necesario de una opulencia excesiva y engreída. Se trata de la *vis mediatrix*, la fuerza gracias a la cual nuestro sistema social, tal cual existe en la actualidad, tiene la facultad de aliviar de cuando en cuando una plétora que se renueva constantemente y que amenaza su existencia, con el fin de recuperar su condición sana.” (FULLARTON, citado por MARX en su *Grundrisse*. Elementos fundamentales, etc.)

³ En el momento en que el cartismo se descomponía bajo los efectos de la prosperidad industrial del capitalismo inglés, Engels escribía a Marx a propósito de las tentativas de alianza con la burguesía de un antiguo jefe cartista: “Por lo demás, me parece que el new move [nuevo golpe] de Jones, en relación con sus antiguos intentos más o menos afortunados de llegar a tal alianza, está efectivamente en correlación con el hecho que el proletariado inglés se aburguesa realmente cada vez más, aunque esta nación, la más burguesa de todas, parece querer llegar a poseer finalmente una aristocracia burguesa y un proletariado burgués *junto a la bourgeoisie* [burguesía]. En cierta medida esto está justificado en una nación que explota al mundo entero. Este estado de cosas sólo lo pueden remediar algunos años francamente malos y tras los descubrimientos de oro parece que no sea fácil llegar a ello. Por otra parte, tengo que decir que no tengo clara la manera en que se ha reabsorbido la sobreproducción, que está en el origen de la crisis; hasta ahora, jamás se había visto moverse tan rápidamente una marea.” (*Carta de Engels a Marx, 7 de octubre de 1858*, Edicions Internacionals Sedov – Marx y Engels, algunos materiales)